

VALORES ÉTICOS / Recuperación Septiembre

- 1.- Leer y subrayar los textos adjuntos.
- 2.-Hacer un resumen de las principales ideas de cada uno de los textos.
- 3.- Hacer una redacción con tu opinión sobre los temas tratados en los textos.

ESTOS TRABAJOS SE ENTREGARÁN EN LA FECHA Y HORA ASIGNADA POR JEFATURA PARA EL EXAMEN DE RECUPERACIÓN.

Educación de la salud y de las emociones

La participación en el centro escolar



Un país democrático manifiesta su idea de la democracia en todos los ámbitos en los cuales se relacionan las personas. Así, nos expresamos democráticamente en las elecciones generales para elegir al presidente o presidenta del gobierno, o en las elecciones municipales para elegir alcalde o alcaldesa, pero también en un club deportivo o una asociación vecinal o una entidad cultural para escoger la junta directiva y a la persona que va a presidirla.

Los centros escolares también permiten que los estudiantes, el profesorado, el personal de servicios y los progenitores puedan participar democráticamente en su funcionamiento. Según la nueva Ley de Educación (LOE, año 2006) la participación en el funcionamiento de los centros escolares se regula por el **Consejo escolar**. Está formado por el director/a, el jefe o jefa de estudios, un representante del ayuntamiento, el profesorado (con un mínimo de 1/3 de todo el consejo), los padres y madres y el alumnado (con un mínimo también de 1/3 del consejo), un representante del personal de administración y servicios, y el secretario o secretaria del centro que tiene voz pero no puede votar. Este Consejo tiene, entre otras, las siguientes funciones:

- Decidir la programación del centro.
- Fijar normas internas.
- Intervenir en problemas de disciplina graves.
- Intervenir en la elección o destitución del director/a del centro.
- Participar en la admisión de los estudiantes y proponer mejoras para el centro.

El Consejo es, pues, la máxima autoridad del centro escolar, al margen de los temas relacionados directamente con las asignaturas y el trabajo del profesorado. El alumnado del Consejo escolar es elegido en votación democrática entre todos los alumnos y alumnas del centro.

Además, el alumnado también puede participar en la elección del **delegado/a de curso**, que es el representante de la clase delante del tutor o tutora y del resto del profesorado. Algunos centros crean una comisión o **Consejo de delegados** que reúne a todos los delegados de las distintas clases para tratar temas comunes. Este Consejo también acostumbra dar pautas y opiniones para los participantes del Consejo escolar del centro. Por otra parte, en la mayoría de centros se forman **asociaciones de estudiantes** que dinamizan la vida del centro y sirven para organizar las inquietudes del alumnado.

Además, al margen de estas asociaciones «oficiales», todo el alumnado puede participar directamente en el funcionamiento del centro proponiendo mejoras de funcionamiento, opinando sobre las normas o sobre las conductas del profesorado y compañeros o participando activamente en las actividades no oficiales como excursiones, fiestas y semanas culturales.



■ Parece ser que uno de los objetivos de los seres vivos es... mantenerse vivos. Y las personas también tenemos esta disposición biológica a la **supervivencia**. Debido a esta tendencia natural, buscamos constantemente la **seguridad** y dedicamos tiempo y energía para conseguirla.

La seguridad es un valor importante porque nos permite evitar el miedo, una emoción de la cual pretendemos escapar pero que a la vez se manifiesta como fundamental para la supervivencia. Cuando busco un lugar seguro (en casa, en el centro escolar, en la calle...) me quedo tranquilo y relajado y el miedo desaparece. Cuando no estoy seguro, tengo miedo.

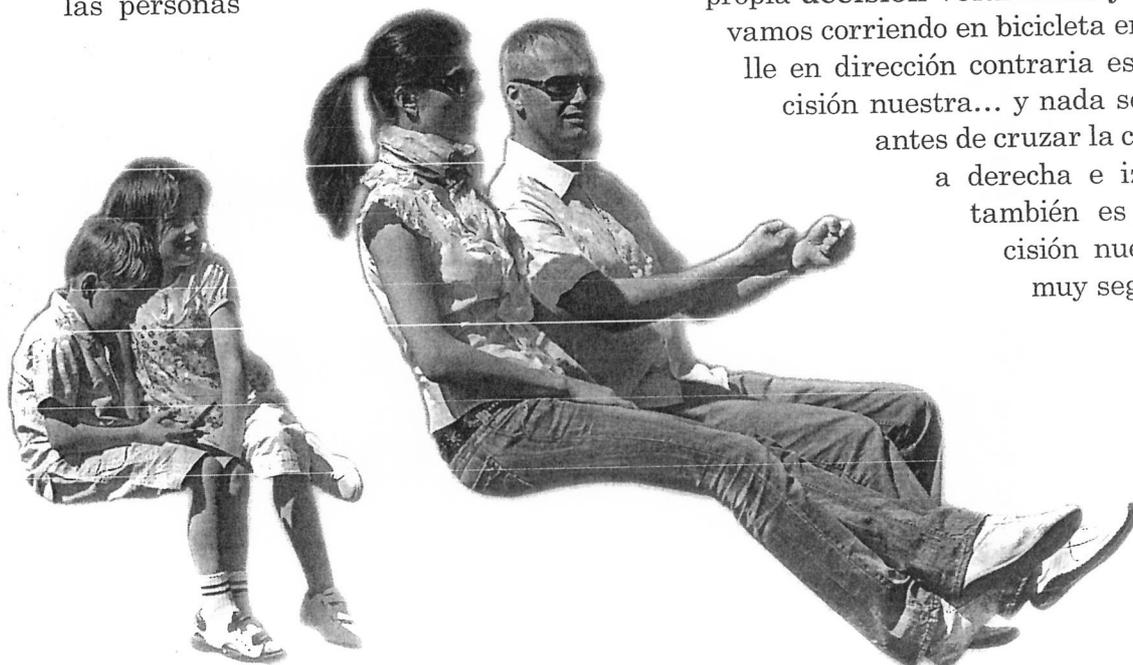
Buscamos seguridad en cualquier acto de nuestra vida: en lo que comemos, para que no nos haga daño; cuando caminamos por la calle, para no equivocarnos o sufrir un accidente; con las personas

que conocemos, porque hay amigos, familiares, profesores o vecinos que nos dan seguridad; en cualquier objeto, ya que una cartera, un fetiche o unas llaves también nos transmiten seguridad; y lo mismo ocurre con los espacios, un lugar de nuestra casa, un rincón de un parque, una butaca del cine.

El valor de la seguridad –y su compañero, el miedo– son fundamentales cuando circulamos por la ciudad o la carretera. Hemos de buscar la manera de pasear y movernos –a pie, en bicicleta o motocicleta– por la calle de modo seguro, a través de **conductas seguras** y teniendo siempre el miedo como aliado; un miedo que nos evita cometer imprudencias y actos peligrosos.

Por último, cabe reflexionar sobre esta observación: la seguridad no está únicamente en los lugares y en los demás, sino que depende en último término de nuestra propia **decisión voluntaria y libre**. Si vamos corriendo en bicicleta en una calle en dirección contraria es una decisión nuestra... y nada segura. Si

antes de cruzar la calle miro a derecha e izquierda, también es una decisión nuestra... y muy segura.



La organización social de las primeras **grandes civilizaciones** (Mesopotamia, Egipto...) se fundamentaba en el **poder absoluto** de un emperador, un rey..., a menudo relacionados directamente con los dioses. Ejercían un poder total sobre el ejército, las leyes, la religión, la vida social... y nadie lo discutía.

Este modelo cambió durante el período de la **cultura griega** clásica (los siglos VI y V a. de C.): en las ciudades griegas el poder no era fruto de la autoridad de una persona sino de un acuerdo entre todos los ciudadanos libres; las autoridades eran escogidas y todos los ciudadanos podían opinar, manifestar sus criterios sobre cómo se gobernaba. Además, los ciudadanos reunidos en asamblea decidían las leyes y normas que habían de regir la ciudad. Tal modelo de organización recibió el nombre de **democracia**, palabra griega formada por *demos* que significa 'población' y *cratos* que quiere decir 'poder': es el poder de la ciudadanía y no de una autoridad superior o divina.

La democracia griega perduró en Occidente bastantes años hasta que el Imperio

romano conquistó Grecia. La influencia de Roma, con una organización similar a la que impusieron en el pasado las grandes culturas y su modelo de emperadores y de reyes, perduró hasta el siglo XVIII. Con la **Revolución francesa (1789)** y la **americana (1787)** retornó el modelo democrático a Occidente. Los países volvieron a estar gobernados por personas elegidas en elecciones libres, con las leyes definidas por los parlamentos y las libertades garantizadas por la Constitución; es decir, se recuperó el modelo democrático griego adaptado a la nueva realidad económica y social de finales del XVIII y principios del XIX.

De todos modos, en los últimos 200 años la democracia no ha sido el único modelo de poder en Occidente. En diversos y largos períodos, muchos países han vivido en situaciones no democráticas (**dictaduras**) o semidemocráticas con monarquías poco representativas. Y, actualmente, en el ámbito mundial existen muchos países con sistemas no democráticos. La conquista de la democracia que inició la Revolución francesa aún no ha terminado.



El problema ético

El racismo



■ Antiguamente se utilizaba el concepto de **raza** para designar al grupo de personas que compartían unas características comunes y que constituían una unidad de población identificable. Había diversas clasificaciones: desde aquellas que establecían cinco agrupaciones raciales, que correspondían a los cinco continentes habitados, hasta las que identificaban pueblo y raza (como en el caso de la raza gitana). Esta clasificación pretendía servir de justificación científica a la teoría que afirmaba la superioridad intelectual de unos grupos humanos respecto a otros; es decir, el **racismo** como justificación teórica para marginar y explotar a algunos colectivos.

Actualmente se considera que no existen grupos raciales; la genética de las poblaciones ha demostrado que sólo hay una raza, la de la especie humana, ya que los grupos cambian e interaccionan su material genético constantemente, lo cual imposibilita la localización de un grupo humano genéticamente puro. Tanto es así que, si analizamos el código genético de cinco individuos, tres mujeres y dos hombres, de origen hispánico, asiático, caucásico y afroamericano, veremos que el concepto de raza no tiene ninguna base genética. Analizando los cinco **genomas**, es imposible determinar la etnia de cada uno de ellos.

Los seres humanos, sea cuál sea su procedencia, comparten el 99,8% de la herencia. Todos tenemos el mismo número de genes contenidos en el mismo número de cromosomas. La variación o mutación, ese insignificante 0,2%, es lo que hace que seamos altos o bajos, rubios o morenos, fuertes o débiles, alegres o tristes, nerviosos o tranquilos. También es lo que nos predispone a ciertas enfermedades. Simplificando mucho: de cada 500 genes, 499 son iguales para todos los seres humanos. No hay dos personas iguales, pero todas somos prácticamente idénticas.

Sin embargo, a pesar de estas evidencias científicas, algunos insisten en marginar a otros basándose en los prejuicios atribuidos a las características físicas y en otras estrategias que tienen ese mismo objetivo. Actualmente estamos asistiendo a un nuevo fenómeno: el **neoracismo**. Para justificar la discriminación de los que son diferentes, el neoracismo no se apoya en los rasgos físicos, sino en los aspectos culturales. Esta ideología

afirma que la cultura es algo imprescindible para la identidad de un individuo, grupo o nación, y que el contacto o la mezcla con otras culturas implica peligro para esa persona o para el grupo.

